

El traje nuevo del presidente Mao
Crónica de la «Revolución Cultural»

SIMON LEYS

Prólogo de Jean Bernard-Maugiron
Traducción de Javier Rodríguez Hidalgo

Primera edición: *Septiembre 2017*

© *Champ Libre / Éditions Ivrea, Paris, 1971*

Título: *El traje nuevo del presidente Mao*

Título original: *Les habits neufs du président Mao*

Autor: *Simon Leys*

Traducción: *Javier Rodríguez Hidalgo*

Traducción del prólogo: *Salvador Cobo*

Diseño de la colección: *Miguel Sánchez Lindo*

Corrección ortotipográfica: *Salvador Cobo*

Impreso por: *Kadmos*

ISBN: *978-84-943217-9-5*

Depósito legal: *M-13605-2017*

Para pedidos e insultos: *revistaculdesac@gmail.com*

Índice

<i>Pierre Ryckmans, alias Simon Leys.</i> <i>El fuego sagrado de un espíritu libre</i> Jean Bernard-Maugiron.....	9
---	---

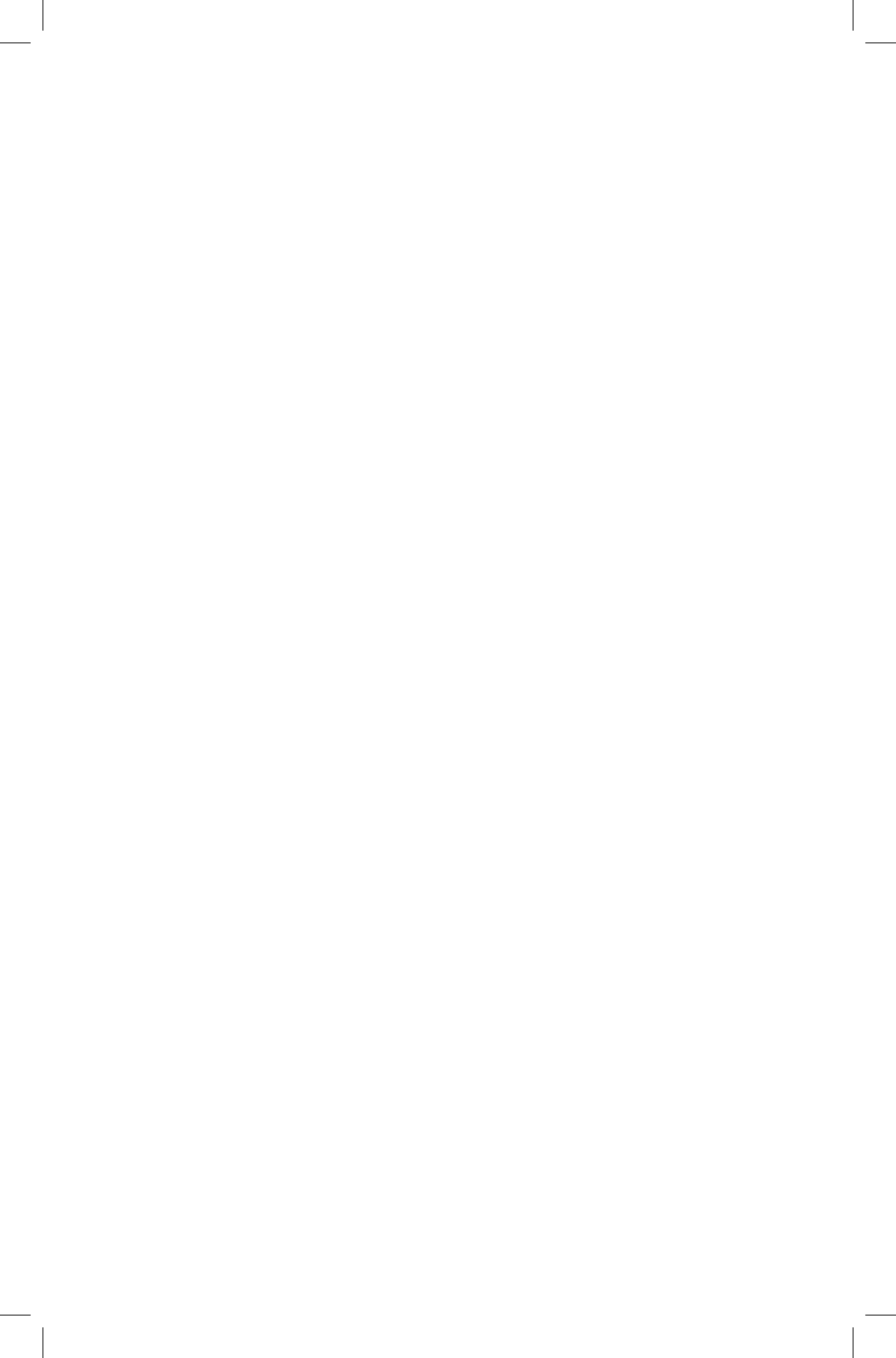
PREFACIO DE 2008 <i>Releer la historia de la «Revolución cultural»</i>	31
---	----

PREFACIO DE 1989 <i>Veinte años después.</i> <i>De la «Revolución Cultural»</i> <i>a las matanzas de Pekín.....</i>	35
--	----

EL TRAJE NUEVO DEL PRESIDENTE MAO. CRÓNICA DE LA «REVOLUCIÓN CULTURAL»

Prólogo	47
Intento de definición y puesta en perspectiva de la «Revolución Cultural»	51
<i>Crónica de la «Revolución Cultural».....</i>	111
1967.....	114
1968.....	181
1969.....	258

<i>Tres post scriptum</i>	313
<i>Post scriptum</i> de 1971.....	314
<i>Post scriptum</i> de 1974.....	317
<i>Post scriptum</i> de 1976: el maoísmo momificado	319
<i>Anexos</i>	327
Carta abierta de Peng Dehuai a Mao Zedong (14 de julio de 1959)	329
Carta de disculpa dirigida a Mao Zedong por Peng Dehuai tras su caída en desgracia	338
«Hai Rui regaña al emperador».....	340
Fragmentos de la declaración de Peng Dehuai durante su proceso	346
Interrogatorio de Pu Anxiu (esposa de Peng Dehuai) durante el proceso de Peng.....	349
Sobre la importancia histórica de Sun Yat-sen.....	351
Perfiles biográficos	354
Las fuentes de <i>El traje nuevo del presidente Mao</i>	375





Pierre Ryckmans, alias Simon Leys. El fuego sagrado de un espíritu libre*

JEAN BERNARD-MAUGIRON

El único medio de librar a los hombres del mal es entregarles la libertad.

Simon Leys

Imágenes rotas

De Simon Leys podría decirse lo que el príncipe de Ligne escribiera a propósito de Casanova: «su espíritu posee la particularidad de servir de impulso al espíritu de los demás». Lo mismo ocurre con ciertas lecturas y encuentros, algunos te ennoblecen y te hacen ser mejor, mientras que otros te hacen hundirte en el fango, en la amargura de los días.

Este moralista a la manera de los clásicos poseía una vasta erudición que vertió en sus escritos con elegancia y desenfado. Dentro de la modalidad breve en la que tanto sobresaliera, procedía «a saltos y a brincos» ligando el ángel y el cachalote, mez-

* El texto completo en francés, que contiene una antología de citas de Leys, puede consultarse en www.lesamisdebartleby.wordpress.com/2016/02/09/pierre-ryckmans-alias-simon-leys-le-feu-sacre-dun-esprit-libre. (Las notas marcadas con asteriscos son del traductor)

clando la felicidad de los pececillos y el monje Calabaza Amarga, cruzando las sombras chinescas y la muerte de Napoleón. Dependiendo del clima y de su estado de ánimo, tendrá la gravedad de un Conrad, la sabiduría de un Zhuangzi, la rebeldía de un George Orwell, la concisión de un Koestler, la espiritualidad de una Simone Weil, la elegancia de un príncipe de Ligne, la mordacidad de un Montherlant, el apego hacia el mar de un Melville, la radicalidad de un Léon Bloy, la sensualidad de un Albert Camus o el sentido del humor de un Chesterton.

Uno de sus mayores méritos fue declarar obsoletas oposiciones sempiternas como sensibilidad-inteligibilidad, tradición-modernidad, Oriente-Occidente, así como entrelazar la crítica social y la metafísica, la vida cotidiana y la poesía culta, lo temporal y lo espiritual. Se le podría aplicar algo que escribiera sobre Orwell, sin duda alguna su *alter ego*: «Su talento posee tres rasgos inconfundibles: una comprensión intuitiva de las realidades concretas; un acercamiento no doctrinario a la política, que entraña una profunda desconfianza hacia los intelectuales de izquierdas; un sentimiento de la absoluta primacía de la dimensión humana».

¿Es este el motivo de que haya obtenido más reconocimiento en el mundo anglosajón que en el francófono, a pesar de que en Francia muchos le consideran como uno de los autores contemporáneos más importantes, incluso indispensables? Contra la ideología de la libertad que promueve el liberalismo, contra la ideología de la igualdad que exalta el comunismo, Leys hizo hincapié en la verdad como valor supremo, la verdad que funda la justicia, la verdad que nos hace libres. Uno piensa en Albert Camus, por quien sentía tanto apego: «No se decide sobre la verdad de un pensamiento según sea de derechas o de izquierdas, y menos aún según lo que la derecha o la izquierda decidan hacer con ello. Si finalmente creyera que la verdad está a la derecha, yo estaré de su lado».

Los mismos que han intentado apropiarse de George Orwell limitándolo a su posición hostil a la URSS, tratarán de llevar a Simon Leys a su terreno reduciéndolo a su antimaoísmo. Aquí mostraremos la complejidad de su figura y cómo logró, al igual que el autor de *1984*, mantenerse a salvo de toda influencia, salvaguardando la soberanía de su libertad de pensamiento. Y es que su combate contra el totalitarismo era una lucha tanto contra la hidra comunista como contra el pulpo capitalista. La originalidad de Simon Leys estaba ligada a la verdad de su ser. O, como dijera precisamente de Orwell, «el verdadero individuo no puede reducirse a simplificaciones abstractas, a definiciones con un solo sentido (izquierda, derecha, progresista, reaccionario); es un nudo natural de contradicciones, una paradoja viviente».

Además, en muchas ocasiones Leys era irresistiblemente divertido. Más adelante veremos algún ejemplo de su humor devastador y su ironía mordaz. Una ironía y un humor que no conseguían disimular una revuelta visceral y que difícilmente ocultaban una profunda melancolía. Porque Leys no vacilaba en reivindicar la dimensión emancipadora y el poder simbólico del cristianismo, que él conciliaba con la mística del taoísmo y el humanismo del confucianismo, corrientes de pensamiento que a su juicio son complementarias, y no incompatibles.

Así como Nietzsche pretendía clasificar a los filósofos en virtud de cómo se reían, podríamos establecer una jerarquía de escritores en función de su humor. Con este criterio, Simon Leys estaría en el vagón de cabeza, en compañía de Philippe Muray, Alexandre Vialatte, Evelyn Waugh, Léon Bloy, Chesterton o Céline. Y es que, en definitiva, nada mejor que reír a carcajada limpia para poder librarse del hastío del absurdo.

Pierre Ryckmans nació el 28 de septiembre de 1935 en Bruselas. Esta «belgitud» le otorgaba algunos rasgos identitarios

bastante peculiares que él evocaba hablando con su compatriota Henri Michaux, y después en una entrevista en *Le Figaro* de 2008:

Si hay algo de lo que está impregnado un belga, es de su insignificancia. Esto, a cambio, le proporciona una libertad sin parangón, una deferencia sana, una impertinencia sosegada que roza la inconsciencia. La hormiga carece de escrúpulos a la hora de caminar por el pie de un elefante [...]. El belga es una suerte de bufón de la corte: como sabe que lo que va a decir no va a traer consecuencias, *puede permitirse no callarse nada*.

*

—*Parecería que la disidencia le es connatural. ¿A qué lo atribuye?*

—Yo soy de origen belga, y por lo general mis desdichados compatriotas desarrollan, prácticamente desde la cuna, una hostilidad instintiva ante la autoridad. No hay que olvidar en efecto que en Bélgica las autoridades gubernamentales, estatales, institucionales y políticas son de una estupidez atroz, y que su carácter dañino y su arrogancia son directamente proporcionales a su estulticia. [...] De hecho, comparadas con nuestras experiencias en Bélgica, las peores pesadillas de Kafka parecen más bien cuentos de hadas...

Leys pudo descubrir muy pronto dos de las pasiones que le fascinaron durante toda su vida: China y el mar. Y, gracias a un pequeño relato que escribiera en su juventud, titulado *Prosper* —publicado junto con el espeluznante *Los naufragos del Batavia*—, sabemos que en unas vacaciones escolares navegó hacia el Gran Banco de Terranova a bordo de un barco de vela breτόn dedicado a la pesca del atún, justo antes de su primer viaje a China. El mar disfrutará desde entonces de un lugar privilegiado en su vida. El mar y los escritores del mar, entre los que des-

tacan obviamente Conrad y Melville, pero también los autores en lengua francesa, a quienes consagrará su monumental *Antología del mar en la literatura francesa*. Matriculado en la Universidad Católica de Louvain, fue a la edad de 19 años cuando tuvo su encuentro con la civilización china, en un viaje de una delegación de jóvenes belgas:

Yo estaba estudiando Derecho e Historia del Arte occidental, y entonces formé parte, en 1955, de una delegación estudiantil belga invitada a visitar China durante un mes. Cuando se tiene 19 años, uno no dice que no a algo así. Hicimos el recorrido clásico, aderezado con una entrevista de una hora con Zhou Enlai, maestro de la seducción. Ese mes de mayo, inmerso en la dulzura de la primavera, fue embriagador. Pero, al mismo tiempo, me sentía como un imbécil, porque era incapaz de intercambiar una sola palabra con cualquiera de los seiscientos millones de personas que estaban a mi alrededor. A mi regreso, no dejaba de pensar en algo evidente: resultaba inconcebible no saber chino. Después de un viaje semejante, retomar mi vida y mis estudios no tenía sentido alguno. No podía seguir allí. De modo que aprendí chino y empecé a leer compulsivamente sobre China. Desde entonces, la poesía de la época de los Tang o la pintura del periodo Song han sido para mí una revelación.

Una vez finalizados sus estudios en Bélgica, volverá a China para perfeccionar su aprendizaje de la lengua y de la cultura china, en Taiwán, después en Singapur y en Hong Kong, de 1959 a 1970. Se casará en 1964 con Han-fang, una mujer china con la que tendrá cuatro hijos. La familia se instalaría más tarde en Australia, primero en Sidney, donde Pierre Ryckmans enseñó cultura china en la universidad, de 1987 a 1993. Fruto de varios desacuerdos profundos con esta institución, renunciará a su puesto seis años antes de la jubilación, mudándose después a la ciudad de Canberra.

En Francia, Simon Leys tuvo una famosa intervención en la televisión hace treinta y cuatro años, el 27 de mayo de 1983. Habrá quien todavía recuerde aquella emisión, un viernes por la tarde, de *Apostrophes* —magro alimento del espíritu que en ocasiones podía deparar bellas sorpresas— en la que un hombre muy agitado, con barba y un fuerte acento belga, había venido a presentar sus *Ensayos sobre la política y la cultura chinas*, metafóricamente titulados *El bosque en llamas*. Bernard Pivot también había invitado a Maria Antonietta Macciocchi, una intelectual maoísta autora algunos años antes de un voluminoso e indigesto *Sobre China* a mayor gloria del Gran Timonel, editado por la revista *Tel Quel* de Philippe Sollers y otros «compañeros de viaje del maoísmo». Si es que no lo sabía ya, Simon Leys pudo comprobar que «hay gente, como los vegetarianos y los comunistas, con los que es imposible debatir». Tenso como un arco mientras esta italiana maólatra peroraba su pequeño catecismo sobre el nuevo «paraíso socialista» color rojo sangre, en cuanto llegó su turno Simon Leys empezó a disparar sus flechas:

Yo pienso... que los idiotas dicen idioteces, al igual que los manzanos dan manzanas, está en su naturaleza, es normal. El problema es que hay lectores que se toman en serio esas idioteces, y ahí, evidentemente, está el problema que debemos analizar. Tomemos el caso de la señora Macciocchi —que yo personalmente no tengo nada en contra de la señora Macciocchi, nunca he tenido el placer de conocerla—, cuando yo hablo de la señora Macciocchi, hablo de cierta idea de China, hablo de su obra, no de su persona. Su libro *Sobre China* es... lo más caritativo que se puede decir sobre este libro es que es de una estupidez total, porque si no se le acusa de ser estúpido, habría que decir que es un fraude.

Sobre China descansa sobre dos datos empíricos: el pueblo de Mao es una humanidad sin tacha; Mao los ha librado de su condición humana; de lo que se desprende que los obreros rechazan los aumentos de salario

y consideran superfluas las organizaciones sindicales. Los campesinos practican la filosofía y el pensamiento de Mao hace crecer los cacahuetes.

Macciocchi empalidece, para después enrojecer y refugiarse en piadosos desmentidos. Y es que estaba tratando con un especialista, y no con uno cualquiera. En 1971, el mismo año en que Macciocchi publicaba su tocho de 600 páginas venerando la «Revolución Cultural» y sus millones de muertos, Pierre Ryckmans, que en ese momento sólo era conocido entre un puñado de sinólogos por sus agudos trabajos sobre artistas chinos, publicó en la editorial Champ Libre *El traje nuevo del presidente Mao* bajo el pseudónimo de Simon Leys. ¿Por qué ese nombre ficticio? Lo explicaba en una entrevista de 2004:

—*Cuando usted visitó la China popular por primera vez, seguía siendo Pierre Ryckmans, pero cuando regresó en 1972, después de una larga estancia en Hong Kong, se había convertido en Simon Leys. ¿Cuándo y por qué?*

—Poco antes de aparecer *El traje nuevo del presidente Mao*, donde yo había recopilado los materiales escritos en Hong Kong entre 1966 y 1969, mi editor me advirtió de que publicar un libro así con mi nombre podría impedirme viajar a Pekín como agregado cultural en la embajada de Bélgica, no tenía sentido. De modo que fue necesario encontrar un nombre que sonara belga, y el de Leys, tomado de *René Leys*, la novela de Victor Segalen, que en esa época muy poca gente había leído, sirvió para mi propósito, y Pierre, mi nombre de pila, se convirtió con mucha naturalidad en Simon.

—*Para un escritor, ¿dotarse de un pseudónimo no va más allá de una necesidad circunstancial? De Eric Blair, alias George Orwell, usted ha escrito que, al cambiar de nombre, se convirtió en «un hombre ideal decidido a decir a cualquier precio las verdades incómodas que había que decir». ¿Es esto de alguna forma un autorretrato? Orwell ha sido calumniado por sus escritos sobre la guerra civil española, igual que usted por los suyos sobre la Revolución Cultural...*

—Cuando publiqué *El traje nuevo*, no me esperaba ni mucho menos las reacciones de odio que se desencadenaron. Al vivir en el lejano Oriente, yo creía ingenua y simplemente que estaba mostrando a los occidentales las realidades de la Revolución Cultural, de la que sobre todo la prensa francesa daba unos retratos fantásticos y delirantes. Por tanto, la elección de un pseudónimo no tenía como fin ponerme al abrigo de una hostilidad que yo no me esperaba. Al final sirvió de protección: al atacar a Pierre Ryckmans, se atacaba a mi persona; al atacar a Simon Leys, se atacaban mis obras. A día de hoy, esta distinción ya no tiene razón de ser. Y además, como dijo Ezra Pound, poco importa el nombre del poeta, lo imprescindible es que el poema se escriba... lo ideal sería el anonimato.

El editor en cuestión era el situacionista René Viénet, que acogió a Leys en su «Biblioteca asiática» y le aconsejó que adoptara un pseudónimo para esquivar a los esbirros de Mao:

A este respecto, pido disculpas por la indecente intrusión de un paréntesis personal (que será el único, lo prometo). En 1971, en el momento de publicar *El traje nuevo del presidente Mao*, era necesario, de improviso y por triviales motivos burocráticos, que eligiera un pseudónimo. Si me atreví por aquel entonces a tomar como apellido ficticio el de la obra maestra de Segalen, se debía simplemente al hecho de que, desde hacía veinte años, este libro sólo suscitaba algún eco en la memoria de un puñado de admiradores fieles, amantes de la literatura, un poco familiarizados con China, y era a estos *happy few*, mis semejantes, mis hermanos, a quienes yo dirigía este inocente guiño. Si hubiera tenido la más mínima sospecha de que la obra de Segalen habría de volver a suscitar un prodigioso (y merecido) interés, habría sido más modesto y habría elegido cualquier pseudónimo banal flamenco, Beumelans o Coppenolle, pero evidentemente ahora es un poco tarde para dar marcha atrás.

Pero en Francia estaban al acecho los *sycophantes*^{*}, en particular la sinóloga maoísta Michelle Loi, que publicó un insípido libelo del que Leys diría más tarde que «su objetivo y misión quedaba por completo patente en la denuncia impresa en la portada»: *Para Luxun. Respuesta a Pierre Ryckmans* (Simon Leys) (Lausanne, Alfred Eibel Éditeur, 1975). Una vez revelada la verdadera identidad de Simon Leys, mediante un procedimiento nauseabundo más próximo al instinto de madero que a la controversia intelectual, entregado de pies y manos a la policía del pensamiento tanto de China como de Francia, Pierre Ryckmans asumió su defensa con un panfleto magistral, *El relleno de la oca*^{**}, que merecería ser citado en su totalidad, por lo representativo de la elocuencia y la entereza del autor. He aquí un extracto:

A una señora [...] un poco exaltada y enardecida fruto de la religión maoísta que profesa con la fe de los neófitos (su conversión es de fecha más bien reciente, pero como procedía de la Iglesia estalinista, en verdad no ha tenido que recorrer un camino muy largo) se le ha metido entre ceja y ceja acumular méritos en el paraíso de Mao (aunque no lo haya conocido durante cientos de días mientras practicaba la indulgencia, sino en unas cuantas semanas de vacaciones pagadas en Pekín) denunciando a herejes y malpensados. [...]

Así, desde hace tiempo esta señora se ha dedicado con una devoción obsesiva a denunciar en periódicos, revistas y panfletos la identidad real de Simon Leys. (La precaria protección que se suponía que podría procurarme este pseudónimo durante mis sucesivas visitas a China se ha vuel-

^{*} Se trataba de delatores profesionales en la Atenas del siglo v a.C., cuyo objeto era denunciar los crímenes públicos cometidos por los habitantes de la polis, en gran medida no en aras de un sentido del civismo, sino para llenar sus bolsillos.

^{**} *L'Oie et sa farce*, en el original. Hay un doble juego de palabras intraducible: por la similitud entre el apellido de la autora, *Loi* y *L'Oie*; y porque *Oie*, además de oca, significa «bobo, mentecato», y *farce*, además de relleno, significa «broma», «inocentada», «farsa».

to aún más ridícula, y recuerdo en particular cierto incidente en Pekín en el que sólo el azar me permitió descubrir una trampa tan bien diseñada que me habría catapultado con casi total seguridad precisamente al lugar en el que esta buena señora desearía verme relegado tan caritativamente de una vez por todas).

La pasión policial que empuja a ciertos individuos a denunciar a sus vecinos, parientes, amigos o allegados sólo halla una verdadera válvula de escape en periodos de agitación, guerras, ocupaciones, etc., pero por lo general únicamente encuentra cobijo entre mediocres, envidiosos y fracasados, y constituye un fenómeno psicológico que merecería un estudio más pormenorizado. La codicia rara vez está ausente, pero sería un error considerarla como su motor principal; en realidad, en este tipo de conducta la búsqueda del beneficio personal suele ir de la mano de otros móviles no menos poderosos: sentimientos de inferioridad o de frustración (en los que la sola apariencia del éxito de los demás supone una provocación intolerable), el deseo de darse importancia, una forma de exhibicionismo, y, ante todo, un respeto congénito hacia el Poder, el Orden establecido, las Autoridades, el instinto de madero, el odio hacia todo aquel que parezca inconformista, diferente, heterodoxo, herético. (Que pueda existir virtud en la rebelión, que el rechazo irreductible a estar alineado y la crítica permanente del poder puedan ser rasgos del intelectual revolucionario en general, y de Lu Xun en particular, constituye a todas luces nociones ininteligibles para una persona cuyo interés por Lu Xun tuvo que esperar a que tuviera lugar una «Revolución Cultural», y a que acto seguido de ésta, los embalsamadores del departamento de Propaganda, armados con sus pomadas y sus vaselinas, logran maquillar el cadáver de este áspero rebelde transformándolo contra todas las evidencias en una suerte de figura disecada rosácea y beatificada, dócil bardo del Poder y profeta que canta las alabanzas de la utopía maoísta...).

Y, por fin, una última y poderosa razón de la manía delatora es, sin duda alguna, el fanatismo religioso. Los maoístas occidentales no conciben que uno pueda visitar China simplemente por amor a ese pueblo

y a esa tierra: evidentemente, sentimientos así resultan desconocidos a quienes prefieren ignorar ambos en beneficio exclusivo del puñado de burócratas que monopolizan el poder en Pekín; sin Mao, China y el pueblo chino no retendrían su atención ni un solo minuto. La sola idea de que un individuo como Simon Leys pueda constantemente desear volver a China, que haya establecido con este mundo unos vínculos preciosos, no sólo les resulta incomprensible, sino que lo consideran un verdadero sacrilegio. En dos ocasiones no lograron hacérselo comprender, y él manció con sus pasos las calles de Pekín: de lo que se trata ahora es prevenir que se repita dicha profanación. ¿Habrá habido ulemas que desplegaran una vigilancia tan escrupulosa para impedir que un infiel emprendiera el camino a Tierra Santa?

El combate antitotalitario

*Mejor que la aprobación de las masas,
la indignación de un solo hombre honesto.*

Sima Qian (145-90 a.C.)

Calificar a Simon Leys como escritor «comprometido» sería simplificar en exceso, ya que este hombre al margen tanto de los partidos políticos como de las ideologías siempre ha evitado pertenecer a la *intelligentsia*, al haber comprendido, como George Orwell, que «los intelectuales están más cerca del totalitarismo que la gente normal». ¿Acaso hace falta recordar aquí los flirteos de Louis Aragon y Paul Éluard con Stalin, de André Breton con Trotsky, de Jean-Paul Sartre con Fidel Castro, Mao, etc., de Alain Badiou con Pol Pot, Tito y *tutti quanti*, de Roland Barthes y Philippe Sollers con Mao, de Michel Foucault con el ayatolá Jomeini...? La lista de estas componendas en nombre de una «crítica de la dominación» tan indulgente ante dictaduras

desde el momento en que éstas se arrojan el epíteto de «antiimperialista» o «anticapitalista» sería demasiado extensa.

Este curioso afán de ciertas cabezas pensantes por el socialismo totalitario en sus distintas variantes no es, sin embargo, algo nuevo. Jean-François Revel, en el prefacio a la reedición de *Sombras chinescas*, rastrea su huella en diversas épocas y lugares:

El fenómeno del socialismo totalitario es el resultado de un tipo de mentalidad que ha llegado a aplicarse en contextos asaz diferentes, como la América precolombina de los Incas, la América española de los jesuitas en Paraguay, la Mesopotamia del III milenio antes de nuestra era, el antiguo Egipto, la Rusia del siglo xx, Benín, Camboya, Albania, Corea, Cuba o Etiopía. Así, en sociedades pertenecientes a periodos y áreas geográficas tan distantes entre sí como lo están sus niveles respectivos de desarrollo económico, político y tecnológico, tan ajenas entre sí por su pasado, su cultura, su religión o sus sistemas de parentesco, puede surgir un mismo tipo de organización donde se descubren con una exactitud desconcertante rasgos idénticos. Esta sola constatación bastaría para desechar el materialismo histórico, según el cual el socialismo tendría lugar en una fase precisa de las «fuerzas productivas» y de las «contradicciones del capitalismo».

La amnesia histórica forma parte del programa totalitario: que el Muro de Berlín haya caído o que China haya colocado en el Mercado de Valores el *Libro Rojo* no significa que el combate contra la ideología comunista deba relajarse. Al contrario, es más necesario que nunca, sobre todo cuando se observa la asombrosa indulgencia que la inteligencia occidental sigue dispensando al comunismo —a diferencia de otras utopías asesinas como el nazismo y el fascismo, y a pesar de los gulags, los campos de reeducación, los cientos de millones de víctimas—, y si se tiene en cuenta que la mayor parte de sus principios básicos siempre han gozado del favor de un discurso presunta-

mente crítico. Aún hoy enzarzados, digan lo que digan, en las redes del marxismo-leninismo, los más «radicales» de estos intelectuales, plácidamente instalados en el papel de rebelde, obnubilados por una «cuestión social» que constituiría el alfa y el omega de las desgracias de la humanidad, el origen del mal y su remedio universal, se afanan metódicamente en drenar las tierras fecundas de la complejidad humana para extender así cada vez más lejos el desierto de la ideología.

El rasgo característico del totalitarismo es transformar una opinión en delito. El odio es el principio vector, el carburante principal, el vicio pervertido. Curtidos por el resentimiento, atrofiados en sus dogmas hace tiempo trasnochados, encerrados entre las cuatro paredes de una concepción dualista y bidimensional del mundo, estos tontos útiles del capitalismo (¿serán algún día conscientes de hasta qué punto son indispensables para este sistema¹?), sueñan despiertos con propagar la guerra civil, sembrar el terror y recuperar la guillotina. A la espera de la *Grand Soir* y del paraíso en la tierra, en las prisiones islamistas o comunistas todos los días se encarcela, tortura y asesina a individuos por el mero crimen de decir lo que piensan, en medio de la indiferencia de esas mentes preclaras, indiferencia que recuerda al silencio cobarde de los intelectuales progresistas de la posguerra respecto a los disidentes del Este comunista. Y poco importa el número de los sicarios porque, como escribiera Kazimierz Brandys, «la historia contemporánea nos demuestra que basta con un enfermo mental, dos ideólogos y trescientos asesinos para tomar el poder y amordazar a millones de personas». En nombre de la paz, de la justicia o de la libertad, naturalmente.

1. Algunas voces firmes que se han alzado para denunciar su impostura y analizar sin complejos esas mortíferas patologías pueden resultar de gran ayuda. Véanse, por ejemplo, los escritos de Jean-Claude Michéa o del colectivo Lieux Communs.

Cuando se estableció en China, conquistado por su civilización, su arte, su literatura, su pueblo y sus paisajes, *a priori* Pierre Ryckmans no sintió rechazo por el comunismo, del que sabía poco y por el que sentía incluso «una vaga simpatía». Pero no permanecerá mucho más tiempo enclaustrado en el estudio de la pintura de Shitao o de Su Renshan, ni cerrando los ojos a lo que le rodea:

—*¿Cuándo se le impuso la necesidad de declarar lo que estaba pasando en la política china?*

—«Política» no sería el término apropiado, porque yo era y sigo siendo apolítico. No siento inclinación alguna por esta actividad. Por otra parte, mi disciplina personal, y mi verdadera vocación, se sitúan en el ámbito clásico (artístico y literario). Además, en 1955 yo sentía una vaga simpatía por la revolución china. Lo que me movilizó fue la experiencia cotidiana de la «Revolución Cultural» vista desde Hong Kong, el contacto permanente con las víctimas, el altísimo número de testimonios similares y las mentiras comunistas. No se trataba de un análisis teórico, sino de hechos evidentes y fundamentales que había que contraponer a los desmentidos que procedían del exterior. Mi conocimiento de la lengua y mi inmersión en el mundo chino me facilitaron la tarea.

En *Sombras chinescas* evocaba el episodio que le hizo despertar:

Personalmente, mi primer encuentro con el comunismo en acción se remonta a 1967, en Hong Kong, cuando al salir de mi casa me topé con el cuerpo de un valiente periodista chino: unos segundos antes había sido horriblemente mutilado por asesinos comunistas, y lo habían dejado agonizando.

Allí, yo entré en contacto con el horror de la política. Comprendí entonces que uno no tiene escapatoria, que no es posible permanecer fuera del mundo, en un puesto de observación privilegiado. Estamos dentro del mundo, y no hay forma de no tomar partido.

Después de esta primera introducción elemental a la política comunista, el resto de mi educación no fue muy complicada. Durante los dos o tres años siguientes, me limité a escuchar atentamente lo que me contaban algunos amigos chinos cultos e inteligentes, así como a leer la prensa china mientras desayunaba.

Gracias a estas únicas fuentes, accesibles a todo aquel que se hubiera tomado la molestia de aprender chino, Simon Leys extrajo el material de su *Traje nuevo*, lo que le valió la condena unánime de los intelectuales de izquierdas. En Francia, donde Sartre y sus consortes imponían un clima de terror intelectual, hacía falta una buena dosis de valor o de inconsciencia para mostrar su visión de las cosas a esos

espíritus generosos pero crédulos que, en Occidente, sueñan con la revolución sin entender que para quienes quieran hacerla es necesario reinventarla en cada lugar, y no ir a recogerla como una manzana madura en un huerto exótico [...]*.

Como hemos visto, fue René Viénet quien publicó *El traje nuevo del presidente Mao* en la «Biblioteca asiática» que dirigía en la editorial Champ Libre. Viénet y Leys se habían conocido en Hong Kong por mediación del profesor Jacques Pimpaneau, según el cual «no hicieron falta ni quince minutos para que Ryckmans y Viénet descubrieran que tenían dos cualidades en común: la inteligencia política y la integridad intelectual». De 1967 a 1969, en plena «Revolución Cultural», a fin de poder llegar a fin de mes (tenía una familia que alimentar), Pierre Ryckmans trabajó para la embajada diplomática belga examinando de cerca la prensa china y redactando, dos veces al mes, infor-

* *El traje nuevo del presidente Mao*, p. 49.

mes en los que daba cuenta de sus lecturas. «Viénet le llamaba por teléfono desde París y le arrancaba, capítulo a capítulo, lo que después se convertiría en *El traje nuevo*», relataba Laurent Six en la revista *Textyles*. En una carta de enero de 2003 dirigida a Pierre Boncenne, Ryckmans reconocía su deuda con Viénet:

Yo era consciente de que tendría que vencer unas resistencias poderosamente organizadas. Una cosa es cierta: sin él, probablemente no habría publicado nada; puede decirse de forma bastante literal que fue Viénet quien me inventó.

En aquellos años, las resistencias eran efectivamente poderosas: la *intelligentsia* atrincherada en Vincennes había sofocado el aliento libertario del 68 bajo una capa doctrinaria y charlatana. Pero hay que volver a insistir en que, como ya advirtiera Castoriadis, eso que algunos denominaron «pensamiento del 68» representaba en realidad «el pensamiento anti-68, el pensamiento que ha construido su éxito masivo sobre las ruinas del movimiento del 68 y en función de su fracaso. [Foucault, Derrida, Lacan, Althusser, Badiou, Bourdieu y compañía] no tuvieron el menor papel en la preparación “sociológica” del movimiento, en parte porque sus ideas eran totalmente desconocidas por los participantes en él, y porque eran diametralmente opuestas a sus aspiraciones implícitas y explícitas. La distribución de sus escritos durante la noche de las barricadas del Barrio Latino habría provocado, en el mejor de los casos, ataques de risa, y en el peor, habría paralizado y desbandado a los participantes y al movimiento*». También es necesario recordar que en esa época Philippe Sollers publicó en la revista *Tel Quel* su entusiasta tra-

* Cornelius Castoriadis, «Les mouvements des années 60», en *La Montée de l'insignifiance*, Seuil, 1996. Puede consultarse la traducción en castellano de este texto en el número 3-4 de la revista *Cul de Sac*, «Posmodernidad: de la crítica a la impostura».

ducción de *Diez poemas de Mao Zedong*, que el *Libro Rojo* era la nueva Biblia del Barrio Latino, y que Sartre lanzó el anatema sobre todo aquel que fuera refractario al marxismo —«horizonte último de nuestros tiempos»— declarando: «Todo anticomunista es un perro».

Igualmente, en el mundo de la derecha giscardianos y gaulistas[†] preparaban el terreno de los empresarios celebrando con fervor la gloria del Gran Timonel y, al regresar de China, llenaban páginas y páginas rivalizando en admiración, profiriendo falsedades y estupideces. Aun así, Leys no había sido el primero en mostrar que el emperador estaba desnudo. En 1967, el número 11 de la revista *Internationale situationniste* se abrió con un artículo de Guy Debord titulado «El punto de ebullición de la ideología en China», donde ya se había dicho lo esencial sobre la «pseudo-Revolución pseudo-Cultural»:

Están por último los despojos izquierdistas de los países occidentales, siempre dispuestos a dejarse embaucar por toda propaganda con tufo leninista, capaces de dejarse engañar burdamente más que nadie, estimando con mucha gravedad la importancia para la sociedad china de los vestigios de renta conservados por los capitalistas unidos a la causa, o bien buscando en esta contienda al líder que encarnaría el izquierdismo o la autonomía obrera. Los más estúpidos se han creído que había algo de «cultural» en este asunto, hasta que en enero la prensa maoísta les jugó una mala pasada al reconocer que se trataba «desde el principio de una lucha por el poder».

[...] Debido a que los maoístas se han mostrado, con el éxito que hemos podido comprobar, como los campeones de la ideología absoluta, hasta el momento han encontrado el cariño y la aprobación más fan-

[†] Referencias a Charles de Gaulle (1890-1970) y Valéry Giscard d'Estaing (1926), que ocuparon el cargo de Presidente de la República de Francia entre 1959 y 1969 el primero, y de 1974 a 1981 el segundo.

tásticas entre los intelectuales occidentales, que nunca dejan de salivar ante semejantes estímulos. [...] *Le Monde*, el periódico más abiertamente maoísta publicado fuera de China, ha venido anunciando día tras día el éxito inminente de Mao Zedong a la hora de tomar por fin el poder que él creía haber conquistado dieciocho años antes. Los sinólogos, en su mayoría estalino-cristianos —la mezcla se ha extendido por todas partes, pero de forma particular entre ellos— han puesto en valor el alma del pueblo chino para dar fe de la legitimidad del nuevo Confucio. Lo que siempre hubo de ridículo en la actitud de los intelectuales burgueses de la izquierda moderadamente estalinista ha tenido ahora ocasión de enriquecerse con cuentos chinos del tipo: esta revolución «cultural» durará tal vez mil o diez mil años.

Cuatro años más tarde, las primeras palabras de *El traje nuevo* se hacían eco de esas palabras tan acertadas:

La «Revolución Cultural», que de revolucionario sólo tuvo el nombre, y de cultural el pretexto táctico inicial, fue una *lucha por el poder* que se entabló *en la cúspide* entre un *puñado de individuos*, tras la cortina de humo de un ficticio movimiento de masas (después del acontecimiento, aprovechando el desorden a que había dado lugar esta lucha, se desarrolló espontáneamente en la base una corriente de masas auténticamente revolucionaria, lo que se tradujo en *rebeliones militares y vastas huelgas obreras*; rebeliones y huelgas que, no estando previstas en el programa, fueron aplastadas sin piedad).

[...] Que Mao Zedong había *perdido efectivamente el poder* es algo que, visto desde lejos, les parecía difícil de admitir a los observadores europeos. Sin embargo, si Mao emprendió esta lucha fue para recuperar el poder.

[...] para el pueblo, el maoísmo puro significa la sustitución de las legítimas exigencias materiales, intelectuales y sensibles de la naturaleza humana por una mística política austera y fanática, la imposición de un es-

tado permanente de movilización casi militar, la destrucción implacable de todos los valores tradicionales, una desoladora existencia monótona, el establecimiento de un desierto cultural, una universal beatería, y una aridez y un aburrimiento interrumpidos solamente por explosiones periódicas de violencia y de activismo histórico*.

Es difícil hacerse una idea de los ultrajes y los insultos que siguieron a la publicación de un juicio tan lúcido, como fue el caso del periódico *Le Monde*, que acusó a Leys de ser un agente de la CIA. Es cierto que no era la primera vez que el Boletín Oficial biempensante hacía algo así: ya había calumniado con anterioridad a Albert Camus y había tratado de atacar a George Orwell y a otros. La recepción del libro por parte de la *intelligentsia* parisina desencadenó accesos de ira y bilis, como comentaba Simon Leys con ironía en *Sombras chinescas*, así como en la reedición de 1972 de *El traje nuevo*:

Se me dijo que tenía una visión simplificada de los procesos históricos, que reducía todo a querellas individuales y que existía una dinámica de fuerzas sociales y económicas que no aparecía en mis libros.

Desde su publicación, *El traje nuevo del presidente Mao*, como era de esperar, fue objeto de una campaña de calumnias. Dado que los conocimientos de la actualidad china que poseían sus detractores eran demasiado indigentes para permitirles lanzarse a un debate de fondo, se contentaron con tratar de desacreditarlo de forma vaga y global, acusándolo de basarse en «fuentes norteamericanas y chismes de Hong Kong»**.

Sin embargo, incluso las personas más cercanas a Simon Leys se mostraron reacias a apoyarle en su lucha:

* *El traje nuevo del presidente Mao*, pp. 54-55 y 321.

** *Ibidem*, p. 375.

«¿Pero por qué leñes has vuelto a China?», me preguntaba el otro día uno de mis maestros en sinología, un erudito por el que yo siempre había sentido un gran respeto y afecto. Debo reconocer que la pregunta me dejó pasmado. ¿Acaso había sinólogos que, cuando no están en China, no se sienten como si estuvieran en el exilio? Y otra persona —un amigo muy querido, con todo— me dijo: «Me gustó mucho leer *El traje nuevo*, pero espero que ahora no sigas perdiendo el tiempo con los asuntos de la China contemporánea. Deja todo eso a los periodistas y retoma tus trabajos clásicos». Este tipo de comentarios me hicieron pensar que, desgraciadamente, «sinología» rima con «Asiriología», e incluso con «entomología».

Sin embargo, sólo Dios sabe qué agradable sería la existencia si pudiéramos convencernos de que sólo la China del pasado debería ser objeto de nuestra atención. Como igual de cómodo sería permanecer en silencio ante la China que vive y sufre, y pagando ese precio, nos garantizaríamos la posibilidad de volver a ver una vez más esta tierra tan amada... Pero me temo que un silencio semejante coincidiría con lo que apuntaba Lu Xun en una célebre frase: «John Stuart Mill dijo que la dictadura vuelve a los hombres cínicos. No pudo ver que habría repúblicas que los volvería mudos».

* * *

Su amigo Jacques Dewitte observó con mucho tino que Leys «se acerca mucho a la figura del intelectual de Europa central: no estrictamente político, sino alguien preocupado por las cuestiones morales, metafísicas o estéticas, pero sobre todo preocupado por la cultura. [...] Se trata de la figura de un intelectual que comprende su vocación de forma distinta que el intelectual occidental y que, como escribiera Leslek Kołakowski, considera que “su función fundamental es preservar y transmitir el bien acumulado de la cultura espiritual de la humanidad en tanto que bien común”, “perpetuar la continuidad espiritual de la huma-

nidad”». No se podría decir mejor. Yendo a contracorriente de las modas intelectuales, manteniéndose siempre alejado de los políticos y los sociólogos, que en los intrincados problemas de nuestro tiempo sólo ven sus causas materiales y sociales, él defendía la cultura como el paradigma indispensable, como la base de la civilización. Talentoso e inspirado, este delicado estilista ha sido uno de los últimos guardianes del tesoro de la humanidad, uno de los escasos destellos de luz en esta noche que poco a poco recubre el mundo.

Leer a Leys es respirar la brisa del mar, un horizonte despejado que permite que el pensamiento se ensanche en vastos espacios liberados. Curioso, inquieto, mordaz, conmovedor, paradójico y huidizo, rara vez se le encontraba allí donde se le esperaba. Espíritu libre que se mofaba de esas «pequeñas ortodoxias nauseabundas que se disputan el control de nuestras almas», Leys construyó pacientemente, ajeno a camarillas y obediencias, una obra sincera y agradable, anticonformista y sutil, compuesta de obras siempre demasiado breves que él concluía con pesar, puesto que enseguida se ponía a trabajar de nuevo, esperando la siguiente.



Releer la historia de la «Revolución Cultural»

PREFACIO DE 2008

Cuando se borra la historia de un pueblo, se borran sus bases morales.

Ma Jian

Si Hitler hubiera ganado la guerra, podemos imaginar que, un cuarto de siglo más tarde, una nueva generación de dirigentes nazis, obedeciendo a imperativos pragmáticos, probablemente habría emprendido la reforma de la visión original del Führer de manera tal que habría acabado siendo difícil reconocerla. Pero, actuando así, no les sería difícil conservar por todas partes los retratos del genial fundador del Tercer Reich; y su efígie gigante seguiría decorando la fachada del Reichstag en Berlín. Diversos aspectos de la ideología hitleriana, de idiosincrasia un poco incómoda (pensemos en la «cuestión judía», por ejemplo, para entonces resuelta ya mucho tiempo atrás), se habrían metido discretamente debajo de la alfombra; y, además, en sus relaciones —por lo general buenas— con el *Reich* europeo, la diplomacia transatlántica se guardaría púdicamente de aludir a estas desagradables historias del pasado (que, por lo demás, no

tendrían ninguna incidencia en los nuevos intercambios comerciales).

Leszek Kołakowski, uno de los pensadores más profundos de nuestra época, se divirtió en su día escribiendo una burla breve y feroz, remedando el estilo editorial del *New York Times*¹. ¿Pero (me preguntarán) qué relación puede haber entre esta ucronía y la situación actual en China? (Y, después de todo, el presidente Mao nunca hizo otra guerra que contra su propio pueblo).

Me explico en dos palabras.

China ha vivido estos últimos años transformaciones prodigiosas. Está convirtiéndose en una superpotencia, si no en *la* superpotencia. En este caso, será —cosa inédita— una superpotencia *amnésica*. Porque, hasta hoy, su milagrosa metamorfosis se efectúa sin cuestionar el absoluto monopolio que sigue ejerciendo el Partido Comunista sobre el poder político, y sin tocar la imagen tutelar del presidente Mao, símbolo y clave de bóveda del régimen. Y el corolario de estos dos imperativos es la necesidad de censurar la verdad histórica de la República Popular desde su fundación: prohibición total de escribir la historia del maoísmo en acción, es decir, las sangrientas purgas de los años cincuenta, la gigantesca hambruna causada por Mao (en un acceso de delirio ideológico) a principios de los años sesenta y, por último, el monstruoso desastre humano de la «Revolución Cultural» (1966-1976). Trece años después de la muerte del déspota, la matanza de Tiananmén (4 de junio de 1989) se manifestó como una apostilla añadida por los herederos para mostrar su fidelidad al testamento legado por el ancestro fundador. Pero estos cuarenta años de tragedias históricas (1949-1989) han

1. *New York Times' Editorial: a Parody*, publicado en *Survey*, vol. 21, n° 4, otoño de 1975 (traducción francesa: *Uchronie. L'anniversaire de l'Ordre Nouveau*, en *Commentaire*, n° 131, otoño de 2010).

desaparecido de súbito en un «agujero de la memoria» orwelliano: los chinos que hoy tienen veinte años no disponen de ningún acceso a esta información. Les cuesta menos descubrir la historia moderna de Europa o América que la de su propio país.

¿Qué especie de futuro puede construirse sobre la ignorancia obligatoria del pasado reciente? «Lo que puede representar el mayor obstáculo que impida a China convertirse en un país moderno en el mejor sentido de la palabra es su voluntad de maquillar y reescribir la Historia, en particular la historia de la “Revolución Cultural”», señalaba hace poco el periodista norteamericano Mirsky, perspicaz observador de la actualidad china.

Pero la metáfora más elocuente de la situación actual es ese *Coma de Pekín* que evoca Ma Jian: el protagonista de la novela (una creación especialmente poderosa de la literatura china contemporánea) es un joven manifestante al que una bala perdida de Tiananmén vuela la cabeza, y que flota, paralítico, mudo, sordo y ciego, en un coma sin fin.

S. L.